
La política posmoderna y la batalla por el futuro ¹

Steven Best

*Departamento de Filosofía
Universidad de Texas, El Paso*

Douglas Kellner

*Escuela Graduada de Educación y Estudios
de Información
Universidad de California, Los Angeles*

En las últimas dos décadas, las perspectivas posmodernas han desafiado los reclamos fundacionales de la política moderna. Las grandes visiones de la emancipación articuladas por el liberalismo, el marxismo y otras perspectivas políticas de la era moderna han sido criticadas por ser excesivamente totalizantes y grandiosas, obviando las diferencias y olvidando las opresiones más específicas de individuos y grupos diversos. El proyecto liberal de extender derechos y libertades universales a todos ha sido cuestionado por grupos particulares que luchan por sus propios derechos, adelantando sus intereses específicos y promoviendo la construcción de sus propias culturas e identidades. El proyecto marxista de una revolución mundial y global ha sido reemplazado en algunos círculos por luchas más localizadas y metas más modestas y reformistas. El resultado ha sido una variedad de nuevas formas de política posmoderna, cuyos discursos, prácticas y efectos queremos interrogar en este ensayo.

Desde nuestra perspectiva, el mundo contemporáneo está atravesando por transformaciones mayores y el discurso de la posmodernidad ayuda a llamar la atención a los cambios y novedades del momento presente. En este contexto, el giro posmoderno en la política describe las nuevas formas de conflicto y lucha política. La coyuntura actual es sumamente ambigua, al colocar a las áreas occidentales y septentrionales superdesarrolladas en una transición entre la era moderna y una nueva época llamada posmoderna, mientras que la gente en otras partes del mundo todavía vive en

condiciones sociales y culturales premodernas y, en conjunto, el mundo en desarrollo contiene una matriz contradictoria de formas premodernas, modernas y posmodernas. La rápida transformación del mundo y el desarrollo de nuevas formas culturales genera nuevos peligros, tales como la pérdida potencial de las tradiciones modernas del humanismo, la Ilustración y las tradiciones sociales radicales, así como posibilidades innovadoras, tales como las que surgen de las nuevas tecnologías, identidades y luchas políticas. Las viejas teorías, conceptos, modos de pensamiento y análisis tienen serias limitaciones para teorizar, analizar y describir las incipientes constelaciones sociales, las cuales requieren de nuevos acercamientos, estrategias, discursos y prácticas. Además de las transformaciones en la teoría, las artes y las ciencias de la modernidad a la posmodernidad, que hemos discutido en libros anteriores (Best y Kellner 1991, 1997), han surgido reclamos de una nueva política posmoderna para superar las limitaciones de la política moderna.

El terreno contemporáneo muestra una mutación en el pensamiento y la práctica política, que refleja y a su vez informa los cambios en la teoría. Al igual que ocurre con la teoría posmoderna, no existe una sola "política posmoderna", sino más bien una serie de posiciones conflictivas que emerge de las ambigüedades del cambio social y las múltiples perspectivas teóricas posmodernas. No obstante, las diferentes categorías de la política posmoderna no son meramente distinciones conceptuales, sino tendencias políticas reales que se manifiestan en la esfera pública, en las universidades, los centros de trabajo y la vida cotidiana. A medida que las nuevas tecnologías van transformando todos los aspectos de la vida, la cultura va desempeñando un papel más activo en ámbitos tan distintos como la economía y la identidad personal, el capital va creando una nueva economía global y nuevas síntesis de lo global y lo local, así también la política asume nuevas formas y contenidos.

A grandes rasgos, el proyecto de la política moderna consistía en definir e implantar metas universales como la libertad, la igualdad y la justicia, en un intento por transformar las estructuras institucionales de dominación. La política moderna surgió como resultado del proyecto de la Ilustración de someter a la crítica racional a todas las formas de autoridad y todas las instituciones existentes. Esta política suponía una esfera pública democrática donde los individuos y grupos sociales pudieran discutir los problemas y las alternativas políticas, así como intervenir prácticamente en los asuntos públicos. Además, conllevaba intentos por discernir los

derechos humanos básicos, el bien común y los valores universales, y por establecer garantías institucionales para permitir los derechos, la discusión y el consenso democráticos.

Así, por ejemplo, la Revolución Americana declaró que los derechos universales de "todo el pueblo" eran "verdades evidentes" reveladas por la luz de la Razón. La Revolución Francesa enarbó los "Derechos del Hombre" sobre la base de tres principios universales—*liberté, égalité, fraternité*—y Mary Wollstonecraft publicó un tratado titulado *Vindication of the Rights of Women* poco tiempo después (1792 [1792]). En su intento por realizar estos reclamos universales más allá del contexto limitante de las relaciones burguesas de clase, Marx urgía "Trabajadores del mundo, ¡uníos!" para crear una política internacional de solidaridad, diseñada para desmantelar las formas burguesas de propiedad. Primero en las Américas y luego en Africa, Asia y otras partes del mundo occidental, surgieron movimientos de liberación nacional en desafío al colonialismo, cuya intención era extender las promesas de la democracia y la libertad moderna a áreas oprimidas del mundo. Las luchas de Simón Bolívar por la libertad latinoamericana, las rebeliones esclavas en el Caribe y la visión de José Martí de *Nuestra América*, libre de toda dominación colonial, articularon los ideales desatados por el proyecto moderno, aunque movimientos de liberación posteriores proclamaron que sólo el socialismo podía redimir los sufrimientos de "los condenados de la tierra" y realizar las promesas de la modernidad.

Pero las promesas y los deseos de la modernidad y la política moderna rara vez se realizaron. Los trabajadores fueron explotados a lo largo de la época moderna por un capital voraz; las mujeres sólo lograron derechos democráticos completos a principios del siglo 20 y siguieron sufriendo la dominación patriarcal; la gente de color sufrió una discriminación racial sistemática; y los países en desarrollo continuaron oprimidos por los poderes imperialistas. A pesar de la guerra, la pobreza, el hambre, la depresión económica y formas feroces de subordinación y sufrimiento, la política moderna tenía una orientación optimista, frecuentemente de base religiosa en cuanto a su fe teleológica en que la lógica progresista de la historia se realizaría pronto. La fe iluminista en un futuro mejor inspiró tanto al liberalismo como al marxismo. De esta manera, la política moderna se asentaba en fuertes valores normativos y visiones utópicas de un mundo caracterizado por la libertad, la igualdad y la armonía universales.

Formas de política posmoderna

Una política posmoderna comenzó a cobrar forma durante la década de 1960, cuando surgieron numerosos grupos y nuevas luchas políticas. El desarrollo de una política posmoderna estuvo fuertemente condicionado por los movimientos sociales en Francia, los Estados Unidos y otros países, así como el surgimiento de las teorías posmodernas (véase Best y Kellner 1997: Capítulo 1). En este contexto, las visiones utópicas de la política moderna fueron difíciles de sostener y fueron rechazadas a favor del cinismo, el nihilismo y, en algunos casos, un giro hacia la derecha, o fueron revisadas y recortadas drásticamente a proporciones más "modestas". El énfasis moderno en la lucha colectiva, la solidaridad y la política de alianzas cedió a una fragmentación extrema, a medida que "el movimiento" de los sesenta se dividió en varias luchas competitivas por derechos y libertades. El énfasis anterior en transformar la esfera pública y las instituciones de dominación dio paso a nuevos reclamos en torno a la cultura, la identidad personal y la vida cotidiana, a medida que se reemplazaba la macropolítica por una micropolítica de transformación local y subjetividad.

Como resultado de los años sesenta, surgieron concepciones noveles y conflictivas de la política posmoderna. La política posmoderna asumió varias formas, incluyendo la antipolítica de Jean Baudrillard y sus seguidores, quienes despliegan un rechazo cínico y desesperado de la creencia en la transformación social emancipatoria, así como diversos esfuerzos por crear o reconstruir la política. La posición extrema y apolítica de un Baudrillard sugiere que la sociedad ha llegado al fin de la historia y se encuentra paralizada y congelada, mientras las masas colapsan en la inercia y la indiferencia, y los simulacros y la tecnología triunfan sobre la agencia humana. Desde la perspectiva de Baudrillard, lo único que podemos hacer los seres humanos es "acomodarnos al tiempo que nos queda" (1988:44).

La otra cara de la política posmoderna negativa y nihilista es una política posmoderna afirmativa. Tales posiciones posmodernas positivas fluctúan desde un posmodernismo apolítico, recalcando el estilo de vida de la "Nueva Era" (*New Age*), hasta un posmodernismo conscientemente oposicional, un posmodernismo de la resistencia (véase Foster 1983 y Ebert 1995). El posmodernismo *New Age* es básicamente una forma de individualismo que pone énfasis en la transformación del estilo de vida y los valores, a la vez que evita la política tradicional. La espiritualidad *New Age* es una suerte

de posmodernismo popular, que imagina una "nueva era" que supere los excesos del materialismo y el consumismo capitalistas, y favorece a Dios, el alma y el cuerpo, fundiendo numerosas filosofías y tradiciones en un popurrí mercadeable a todos los gustos.

Otra forma de política posmoderna afirmativa también rechaza la política moderna tradicional y las transformaciones sociales de gran escala, a favor de reformas parciales y estrategias locales. Esta es la posición de Michel Foucault, Jean-François Lyotard y Richard Rorty, quienes rechazan una política global de cambios sistémicos mientras favorecen modificaciones locales orientadas a ampliar la libertad individual y el cambio progresivo. Foucault y Lyotard rechazan el pensamiento utópico y la categoría de "totalidad" como terroristas, mientras buscan nuevos "estilos" de vida "tan diferentes como sea posible entre sí" (Foucault) y celebran la proliferación de "juegos del lenguaje" en oposición "agónica" unos con otros (Lyotard). Rorty mera y tímidamente busca "nuevas descripciones" de la realidad que pluralicen las voces en la "conversación social", a la vez que sustituye la crítica normativa con la "ironía" y relega la filosofía a un papel limitado en la vida privada. En consecuencia, esta forma de política posmoderna apenas representa un reformismo liberal renovado, que no llega a romper con la lógica del individualismo burgués, y socava los intentos por construir visiones más osadas de una nueva realidad a ser amoldada por una política más radical y ambiciosa, a partir de la alianza y la solidaridad.

Otra tipología consistiría en un posmodernismo reconstructivo que combinara la política moderna y la posmoderna. El posmodernismo más extremo, tanto en sus formas negativas como afirmativas, conlleva una ruptura decisiva con la política moderna, en su reclamo de una discontinuidad radical y una política drásticamente distinta. Esta postura fluctúa desde el posmodernismo negativo y cínico que rechaza toda política y acción y favorece el negativismo, el derrotismo y el nihilismo, pasando por el énfasis del movimiento *New Age* en el estilo de vida y la transformación de la subjetividad, hasta una nueva política posmoderna enraizada en las luchas de los nuevos movimientos sociales y la teoría posmoderna. Tal política posmoderna reconstructiva, como la articulan Ernesto Laclau y Chantal Mouffe (1985), entre otros, apuesta por una posición intermedia entre lo moderno y lo posmoderno, incorporando las críticas posmodernas del esencialismo, el reduccionismo y el fundamentalismo para reconstruir los valores de la Ilustración y la política socialista mediante una lógica de la contingencia y la plu-

alidad. Tras rechazar la reducción marxista de la política emancipatoria a la lucha de clases que privilegia a la clase obrera, Laclau y Mouffe abrazan los “nuevos movimientos sociales” de los años setenta y ochenta como múltiples fuentes de cambios progresistas que pueden producir una “democracia radical”.

De acuerdo con Mouffe, el universalismo de la Ilustración fue clave para el surgimiento del discurso democrático, pero “éste se ha convertido en un obstáculo en el camino para comprender aquellas nuevas formas de política, características de nuestras sociedades hoy en día, que requieren acercamientos desde perspectivas no esencialistas. De ahí la necesidad de usar las herramientas teóricas elaboradas por distintas corrientes de lo que puede llamarse el posmodernismo en la filosofía y de apropiarse de su crítica del racionalismo y el subjetivismo” (Mouffe 1988:33). Aquí no se abandonan totalmente los valores universales—por ejemplo, el concepto de que todo el mundo tiene ciertos derechos—pero tales valores entran en una “nueva forma de articulación” con unos valores particulares y una lógica de diferencias irreducibles. Sin embargo, para esta forma de política posmoderna, el rechazo del esencialismo y la ausencia de “fundamentos” sólidos no significan un abandono del proyecto político global. Como señala Laclau,

El abandono del mito de los fundamentos no conduce al nihilismo, así como la incertidumbre sobre cómo atacará un enemigo no conduce a la pasividad. Conduce, más bien, a una proliferación de intervenciones discursivas y argumentos necesarios, porque no existe una realidad extradiscursiva que el discurso pueda simplemente reflejar. Toda vez que el argumento y el discurso constituyen lo social, su carácter abierto se convierte en una fuente de mayor activismo y un libertarismo más radical. La humanidad, después de haberse rendido siempre a fuerzas externas—Dios, la Naturaleza, las leyes necesarias de la Historia—, puede ahora, a las puertas de la posmodernidad, considerarse por primera vez como la creadora y constructora de su propia historia. La disolución del mito de los fundamentos—y la concomitante disolución de la categoría del “sujeto”—radicaliza aún más las posibilidades emancipatorias ofrecidas por la Ilustración y el marxismo (1988:79-80).

En otras palabras, el cambio a una lógica posmoderna crea “conciencia de las complejas operaciones estratégico-discursivas implicadas por [la] defensa” de los valores de la Ilustración (Laclau 1988:72). Para Laclau y Mouffe, la filosofía y la teoría social posmodernas no conllevan un rechazo de los compromisos políticos claves con la misma modernidad. Para ellos, no se pierde nada en el proyecto político radical con el rechazo del fundamentalismo y se gana todo mediante los efectos liberadores de una nueva lógica

de la diferencia y la contingencia. En palabras de Mouffe, “lejos de ver el desarrollo de la filosofía posmoderna como una amenaza, la democracia radical le da la bienvenida como un instrumento indispensable para el logro de sus metas” (Mouffe 1988:44). Hablando irónicamente, podría decirse que la crítica posmoderna coloca al proyecto moderno en un “terreno” aún más firme que la racionalidad iluminista, en la medida en que sus valores no se afirman dogmáticamente, sino que se justifican sobre una base pragmática y consensual. Por lo tanto, el enfoque de Laclau y Mouffe es muy similar al de Jürgen Habermas, quien ve la Ilustración como un “proyecto inacabado” y busca establecer una base comunicativa para la justificación normativa (véase Best 1995). La diferencia clave es que Laclau y Mouffe creen que la teoría posmoderna tiene un potencial democrático radical, mientras Habermas cree que debilita la tradición de la Ilustración y apoya las tradiciones irracionales y conservadoras.

Finalmente, otro modo de política posmoderna afirmativa—quizás el dominante hoy en día—se conoce como “la política de la identidad” (véase Best y Kellner 1991, 1997, de próxima publicación). Dicha política frecuentemente tiene aspiraciones emancipatorias pero usualmente no aboga por cambios sistémicos y nuevas formas de lucha radical. La política de la identidad se refiere a un tipo de política en que los individuos construyen sus identidades culturales y políticas mediante luchas o asociaciones que adelantan los intereses de los grupos con los que se identifican. A veces tal identificación es concreta, basada en la participación en grupos específicos, mientras otras veces es más imaginaria y abstracta, como cuando una persona se identifica con la comunidad negra, homosexual, lesbiana u otros grupos de los que obtiene su identidad y sentido de pertenencia.

La política de la identidad se origina en los “nuevos movimientos sociales” de los años setenta y ochenta y, en última instancia, en las luchas de los sesenta. Pero el “movimiento” de los sesenta perseguía una política de coaliciones y alianzas, así como desafiaba los poderes dominantes en múltiples planos—el género, la raza, la estructura jerárquica de las universidades, la dominación colonial, el imperialismo estadounidense en Vietnam, la naturaleza alienada del trabajo, la represión sexual y la organización opresiva de la vida cotidiana. En los setenta, sin embargo, el “movimiento” se fragmentó en “nuevos movimientos sociales”, incluyendo al feminismo, la liberación negra, los grupos de *gays* y lesbianas, los pacifistas y los ambientalistas, cada uno de ellos luchando por sus

propios intereses. Por ejemplo, los negros veían al emergente movimiento ambientalista a finales de la década de 1960 como una diversión burguesa de las luchas por los derechos civiles, y los ambientalistas destacaban los asuntos de la naturaleza rural mientras ignoraban los problemas de la contaminación urbana. Para los años ochenta y noventa, mientras avanzaba el proceso de balcanización, los "nuevos movimientos sociales" se transformaron en "la política de la identidad", cuyo nombre mismo sugería un alejamiento de los asuntos sociales, políticos y económicos generales y un vuelco hacia la cultura y la identidad personal.

La política de la identidad evidencia la influencia de la teoría posmoderna, en la crítica del reduccionismo moderno, el universalismo abstracto y el esencialismo, así como en el uso de numerosas estrategias que legitiman a múltiples voces políticas. Por ejemplo, la política genealógica de Foucault está explícitamente orientada a liberar las voces y luchas silenciadas por las narrativas dominantes en la historia (véase Foucault 1980). En la política de la identidad, los individuos se definen primordialmente como miembros de un grupo dado, considerado "oprimido" y por lo tanto ajeno a la cultura dominante, blanca, masculina, heterosexual y capitalista. Estas identidades giran en torno a una "posición de sujeto", un marcador clave de la identidad definido por género, raza, clase, preferencia sexual y otros factores, mediante el cual el individuo es sometido por la cultura dominante. Aunque la clase proporciona una de las formas básicas de identidad, la política de la identidad típicamente se define en oposición a la política de clases.

Aunque la teoría posmoderna usualmente ataca el esencialismo, muchas versiones de la política de la identidad también practican una forma de esencialismo al privilegiar al género, la raza, la preferencia sexual o alguna otra marca como *la* constituyente de la identidad. Más aún, al hacer un fetiche de una identidad personal inclusiva (tal como mujer, negro, *gay*), la política de la identidad también se aleja de la premisa de la teoría posmoderna de que las identidades son múltiples y construidas socialmente, y que requieren reconstruirse de manera emancipatoria, autónoma y autoafirmativa. En otras palabras, algunas versiones de la política de la identidad privilegian una de las múltiples señas de la identidad, como si ésta fuera el ser profundo y verdadero de la gente, en torno al cual gira toda la vida y la política.

En algunos casos, la política de la identidad también se conecta con la política liberal de los grupos de intereses, la cual busca promover los intereses de un solo grupo específico, típicamente

*La política posmoderna repudia la
visión reduccionista y esencialista
promovida por el marxismo clásico.*

opuesto no sólo a los grupos dominantes, sino también a otros grupos marginados y oprimidos. En contraste con los énfasis universales y colectivos de la política moderna, la política posmoderna de la identidad tiende a ser insular y asociarse con un grupo de interés especial, un fenómeno quizás producido por la misma época posmoderna. Por consiguiente, mientras la política moderna se enfocaba en metas universalistas como obtener libertades civiles, reducir las desigualdades o transformar estructuras e instituciones de dominación, la política posmoderna de la identidad aísla los intereses específicos de un grupo y construye las identidades mediante su afiliación con el grupo y sus luchas.

Los críticos de la política moderna han indicado desde un principio que los reclamos universalistas de los teóricos y políticos modernos disfrazaban los intereses particulares de los grupos dirigentes, principalmente los varones blancos propietarios. Los derechos cardinales promovidos por las revoluciones burguesas en los Estados Unidos, Francia y otros países fueron los derechos a la propiedad, que le otorgaban el poder económico y político supremo a los varones blancos capitalistas, en abierta contradicción con la retórica democrática. Pero la nueva ideología universalista de la política moderna desató un poder que las clases dirigentes no pudieron restringir, inspirando y legitimando las luchas de los mismos grupos oprimidos, incluyendo a los que ahora abogan por una política de la identidad y que denuncian los reclamos universalistas como inherentemente ideológicos y opresivos.

La política posmoderna también repudia la visión reduccionista y esencialista promovida por el marxismo clásico. Marx conceptualizó a los trabajadores como una "clase universal" que, al emanciparse a sí mismos, emanciparían a todos los demás grupos oprimidos. Según el esquema de Marx, la subjetividad se constituye como una identidad de clase y todos los antagonismos sociales giran en torno a la producción como la esencia de lo social. Marxistas posteriores continuaron con esta política, subordinando otros asuntos sociales claves tales como la "cuestión de la mujer", la "cuestión racial" la "cuestión nacional" y así por el estilo. De tal modo, el marxismo fue incapaz de reconocer cómo la raza, el

género, la nacionalidad y otras formas de identidad eran cruciales y frecuentemente más pertinentes para muchos grupos de personas, pese a que el nacionalismo ofreció una identidad mucho más poderosa que la solidaridad obrera internacional para varios países europeos durante la Primera Guerra Mundial.

Aun así, la política marxista no fue desplazada efectivamente como discurso y movimiento político radical dominante hasta la década de 1960, con la explosión de nuevas luchas e identidades que disputaban a la sociedad capitalista avanzada en su totalidad. La política de la identidad tal y como se la define hoy en día se basa—explícita o implícitamente—en una crítica de la política marxista. La ruptura con la lógica esencialista y reduccionista de ciertas concepciones marxistas de la lucha de clases ha tenido efectos liberadores en el campo político. Dicha ruptura permitió nuevas concepciones de la micropolítica, la democracia pluralista y una politización de las múltiples maneras en que se constituye el sujeto a través de numerosos sitios institucionales y en la vida cotidiana. Pero el rechazo posmoderno extremo de algunas posiciones clásicas dentro de la política moderna plantea varios problemas.

Contribuciones y limitaciones de la política posmoderna

Una de las principales aportaciones del giro posmoderno, teorizado por Foucault, es que el poder está en todas partes, no sólo en las fábricas, sino también en las escuelas, prisiones, hospitales y demás instituciones sociales. Esta intuición es deprimente, porque reconoce que el poder satura todos los espacios y relaciones sociales, así como regocijante, porque permite y requiere nuevas formas de lucha. Por lo tanto, se abren múltiples formas de resistencia a partir de cada línea de identidad controlada o normalizada. Los movimientos sociales del período desafiaban al capitalismo, el poder y la burocracia estatal, la organización represiva de la vida cotidiana en medio de la sociedad de consumo, junto con varias identidades constituidas ideológicamente.

La política posmoderna, siguiendo los mismos procesos de intervención del capital y el Estado, representa una politización de todas las esferas de la existencia social y personal, previamente ignoradas o rechazadas por los enfoques modernos y marxistas como espacios propiamente políticos. Con la política posmoderna, toda esfera de la vida social se somete a cuestionamiento y disputa y se multiplican los sitios de lucha. El enfoque pluralista hace al

poder más vulnerable al ataque y por ello Foucault puso énfasis en la contingencia y fragilidad de las relaciones de poder. Donde un leninista argumentaría que la lucha pluralizada tan sólo disipa las fuerzas centralizadas necesarias para combatir al capital y al Estado, un posmoderno políticamente radical respondería que las nuevas luchas atacan los eslabones débiles del sistema y esparcen la resistencia por todas partes, permitiendo así el ataque general que los leninistas correctamente estiman necesario para derrocar al capitalismo.

Por lo tanto, los años sesenta produjeron un cambio de una macropolítica enfocada en cambiar la estructura de la economía y el Estado a una micropolítica orientada a trastocar el poder y la jerarquía en instituciones específicas, así como a liberar las energías emocionales, libidinales y creativas reprimidas por el principio de la realidad de la sociedad burguesa. Un aspecto importante de la micropolítica, evidente en la obra de Lyotard, Foucault y Deleuze y Guattari, es una política de la subjetividad que teoriza las condiciones bajo las cuales ha surgido el sujeto moderno como un efecto del poder, lo que Foucault llama la "sujetificación" de los individuos. Este proceso implica primordialmente una lucha contra el "microfascismo" latente en todo el mundo, mediante la ruptura—en términos de Deleuze y Guattari—con el polo "molar" del deseo (el cual subyace a todas las subjetividades normalizadas) y el encuentro de líneas "moleculares" de escape. Para Foucault, la política de la subjetividad conlleva una "política como ética" que crea nuevos sujetos a base del modelo griego de una "estética de la existencia" (véase Best y Kellner 1991; Best 1995).

Los modelos posmodernos de la política tratan de redefinir "lo político" a partir de los cambios en la sociedad, la tecnología, la economía y la vida cotidiana. Una política cultural posmoderna, partiendo de los aportes de Gramsci, los surrealistas, Lefebvre y los teóricos situacionistas, tematiza la cultura como un terreno crucial de poder y lucha. En la medida en que la reproducción social ahora se logra mayormente en los planos de la cultura y la vida cotidiana, donde el individuo es un blanco de la administración total, las cuestiones de la subjetividad, la ideología, la cultura, la estética y el pensamiento utópico adquieren nueva importancia. La concepción instrumentalista, pragmática o racionalista de la lucha política, que intenta amoldar la "conciencia política", de clase o de otra naturaleza, y movilizar esa conciencia en un movimiento político que trascienda las cuestiones culturales, es insuficiente porque obvia la pregunta primordial de cómo será posible tal movimiento político, dado el grado de identificación subjetiva con los modos de pen-

samiento y comportamiento dominantes en la sociedad. Como han señalado pensadores como Wilhelm Reich y Teodoro Adorno, el fascismo está enraizado no sólo en la crisis del capital monopólico, sino también en la represión de la estructura instintiva y el surgimiento de una "personalidad autoritaria".

Si la gente vive inmersa en una cultura colonizada por el capitalismo, una cultura de espectáculos que vincula el afecto y movilizaba los placeres de acuerdo con sus visiones, sonidos y experiencias, entonces la lucha por la cultura, la subjetividad y la identidad ya no puede subordinarse a la lucha por la sociedad. Tanto la política cultural como la política de la identidad son cruciales para romper con las ideologías dominantes y crear nuevas formas de vida y conciencia. Dada la necesidad de producir nuevas subjetividades, la educación política, la persuasión racional y los reclamos morales retienen la mayor importancia, pero pueden ser débiles oponentes a los placeres seductivos de MTV, las películas de Hollywood, la Internet, la moda y la publicidad, y el consumo de mercancías de todo tipo. En palabras de Herbert Marcuse, "ninguna persuasión, ninguna teoría, ningún razonamiento puede romper esta prisión [de la subjetividad], a menos que la *sensibilidad* fija, petrificada, de los individuos se *'disuelva'*, se abra a una nueva dimensión de la historia, hasta que la opresiva familiaridad con el mundo objetivo dado se rompa—que se rompa en una *segunda enajenación*: la de la sociedad enajenada" (1972:71-72).

La cultura amolda las sensibilidades y por lo tanto una política cultural radical intentaría deshacer la enculturación a la cultura dominante al proporcionar nuevas maneras de ver, sentir, pensar, hablar y ser. Los progresistas contemporáneos no deben simplemente caer en la vieja valoración del realismo crítico y sus estrechos modelos cognoscitivos, a pesar del innegable valor didáctico de tal arte. En última instancia, se requieren nuevas estructuras afectivas y modos de experiencia que puedan actuar como catalíticos para transformaciones sociales y políticas más amplias. Aquí, la función política del arte crítico representa, en términos negativos, una desfamiliarización con el modo dominante de experimentar la realidad, lo que Marcuse llama una enajenación de la enajenación. Tal ha sido la práctica del teatro épico de Bertold Brecht, el teatro de crueldad de Antonin Artaud o las películas antinarrativas de Jean-Luc Godard, los cuales han intentado cuestionar y desplazar el modo dominante de *experimentar* la realidad, en vez de reproducirlo mediante convenciones estéticas formales. En términos positivos, la política cultural tiene la tarea de la "educación

estética”, el remodelamiento de las necesidades, deseos, sentidos e imaginarios de los seres humanos a través de la construcción de imágenes, espectáculos y narrativas que anticipen diferentes formas de ver y vivir el mundo.

El arte situacional, por ejemplo, practicó ambas funciones, la negativa a través de su desconstrucción de anuncios publicitarios y otras imágenes (*détournement*) y la positiva a través de experiencias con la “situación construida”, una práctica promovida anteriormente por los surrealistas en sus diversos ejercicios y juegos (tales como “el cadáver exquisito”) dirigidos a liberar las fuerzas creativas del inconsciente. Paradójicamente, hoy se da la atrofia de los sentidos mediante su extensión hipertrófica en el mundo del espectáculo y sus imágenes e imperios mercantiles (véase Best y Kellner 1997: Capítulo 3). Contrario a Georg Lukács, destacamos la innovación formal y el vanguardismo en las artes, donde las nuevas técnicas y modos de percibir pueden ayudar a la gente a romper con las identificaciones represivas, tanto con los modos utilitarios (la razón instrumental) como con los modos afectivos (el valor de signo) de la experiencia, según se constituyen en el capitalismo avanzado. Nunca será posible una nueva sociedad hasta que ésta se experimente como una necesidad, como un deseo de nuevos patrones de comunidad, trabajo, experiencia, interacción social y relaciones con el mundo natural, que nunca podrían satisfacerse dentro del capitalismo y por lo tanto no pueden cooptarse con reformas económicas.

Como ha señalado Rudolph Bahro (1978), el capitalismo genera necesidades y deseos de libertad, justicia, autorrealización y buena vida, que en última instancia no puede satisfacer. Por ello, una política cultural radical describirá cómo el modo actual de organización social restringe, limita y deforma el deseo, la libertad y la justicia, al mismo tiempo que proyectará visiones de cómo realizar tales aspiraciones. Tanto las negaciones radicales de la sociedad por ciertas formas de modernismo crítico (tales como Kafka, Beckett y los expresionistas alemanes) y la dimensión utópica del arte subrayada por teóricos como Bloch y Marcuse son hoy más pertinentes que nunca, cuando se necesita una crítica radical para liberar a los individuos de formas de opresión sobre las cuales frecuentemente no están conscientes y cuando es técnicamente posible un mejor modo de vida para todos.

El énfasis en las luchas locales y el micropoder, la política cultural que redefine lo político y los intentos por desarrollar formas políticas pertinentes a los problemas y desarrollos de la era con-

temporánea es extremadamente valioso, pero también presenta ciertas limitaciones propias de las formas dominantes de la política posmoderna. Aunque subrayar la micropolítica y las luchas locales puede ser un sustituto saludable a los proyectos excesivamente utópicos y ambiciosos, no debe perderse de vista que las fuentes principales de poder y opresión política son precisamente los grandes blancos de la teoría moderna, incluyendo el capital, el Estado, el imperialismo y el patriarcado. Atacar tales blancos requiere coaliciones y luchas en múltiples frentes, y frecuentemente una política de alianzas y solidaridades más allá de identificaciones grupales para movilizar suficiente poder y luchar contra, por ejemplo, los males del capitalismo o el Estado.

Aunque hoy en día se requiere la expansión de las prácticas culturales localizadas, éstas adquieren su verdadero significado sólo en el contexto de la lucha por la transformación de la sociedad como un todo. Sin este enfoque sistémico, la política cultural y de la identidad se mantienen confinadas a los márgenes de la sociedad y están en peligro de degenerar en el narcisismo, el hedonismo, el esteticismo o la terapia personal, de manera que éstos no plantean una amenaza real y son inmediatamente cooptados por las industrias culturales. En tales casos, lo político es meramente lo personal y los intentos originales de los años sesenta por ampliar el campo político se invierten y pervierten. Así como las demandas económicas y políticas tienen un referente en la subjetividad de la vida cotidiana, tales asuntos culturales y existenciales encuentran su sentido más profundo en la demanda por una nueva sociedad y modo de producción.

No obstante, insistiríamos en que no es una cuestión de micropolítica contra macropolítica, como una proposición dicotómica, sino más bien que ambas dimensiones son importantes para las luchas del presente y el futuro. En otro lugar (Best y Kellner 1991), hemos discutido la necesidad de superar la antítesis entre la micropolítica moderna y la micropolítica posmoderna, así como la manera de integrar ambas perspectivas en una definición más incluyente de la política. También hemos sugerido cómo se combinaron las dos tendencias en las luchas contra los Estados comunistas en Europa Oriental en 1989, cuestionando aquellas teorías que privilegiaban una dimensión a expensas de la otra.

Del mismo modo, se requiere combinar las perspectivas más afirmativas y negativas, adoptando la declaración de Marcuse (1968) de que la teoría social crítica debe ser simultáneamente negativa y utópica en referencia al orden establecido. Aunque hay

muchas razones para deprimirse, como sugiere el posmodernismo negativo y cínico de un Baudrillard, sin una visión política positiva el sólo citar lo negativo podría conducir a la apatía y la depresión, las cuales sólo benefician al régimen existente. Para una política dialéctica, sin embargo, una visión positiva de lo que podría ser se articula con el análisis crítico de lo que es, en una perspectiva múltiple enfocada en las fuerzas de la dominación así como en las posibilidades de la emancipación.

Mientras la política y la teoría posmodernas tienden a polarizarse entre los extremos negativos y los excesos afirmativos, varias formas claves de la literatura posmoderna presentan una visión más dialéctica. Algunas de las vertientes más interesantes de la crítica posmoderna contemporánea se encuentran en géneros de ficción como el *cyberpunk* y el realismo mágico. El *cyberpunk* es un subgénero que trae la ciencia ficción a la tierra, concentrando su atención menos en las batallas intergalácticas del futuro distante que en los problemas sociales que confronta la gente aquí en el presente (véase Kellner 1995a). Los escritores de *cyberpunk* tales como Bruce Sterling y William Gibson presentan una horrenda realidad social caracterizada por la dominación capitalista transnacional, los contextos culturales del darwinismo social, la ruina ambiental radical y la implosión del cuerpo y la tecnología, de modo que los seres humanos se parecen cada vez más a las máquinas y las máquinas a su vez a los seres humanos. Pero las novelas del *cyberpunk* advierten a los lectores que este mundo de pesadilla es una posibilidad inminente en el futuro cercano, invitándolos a reflexionar críticamente sobre la tecnología, el control social y sus usos alternativos. De modo semejante, el realismo mágico examina los despojos de siglos de colonialismo europeo, a la vez que mantiene una orientación positiva hacia la fortaleza y creatividad del espíritu humano, la solidaridad social y la trascendencia espiritual y política. Como las novelas del *cyberpunk*, el realismo mágico incorpora varias formas y convenciones estéticas en una mezcla ecléctica que funde al posmodernismo con la crítica social y diversos modelos de resistencia.

Pero también es un error, pensamos, el basar la política en la teoría moderna o posmoderna por sí sola. Contra posiciones unilaterales, abogamos por una versión del posmodernismo reconstructivo que llamamos una política de alianza y solidaridad para elaborar tanto las tradiciones modernas como las posmodernas. A diferencia de Laclau y Mouffe, quienes creen que la teoría posmoderna sienta las bases para una nueva política, y que tienden a re-

chazar la Ilustración como tal, creemos que la Ilustración sigue proporcionando recursos para la lucha política contemporánea y dudamos que la teoría posmoderna por sí sola pueda ofrecer suficientes pistas para una nueva política emancipatoria (Best y Kellner, de próxima publicación). Y aunque estamos de acuerdo con Habermas en que se requiere una reconstrucción de la Ilustración y la modernidad, a diferencia de él creemos que la teoría posmoderna hace contribuciones importantes a dicho proyecto.

Varias formas de la política posmoderna han sido liberadoras en su ruptura con el universalismo abstracto e ideológico de la Ilustración y con la política reduccionista de clase del marxismo, pero han tendido a ser insulares y fragmentarias, enfocadas exclusivamente en las experiencias y asuntos políticos de un grupo dado, incluso dividiéndose aún más en subgrupos como los que separan a la comunidad feminista. La política de la identidad frecuentemente se estructura sobre oposiciones binarias simplistas, tales como nosotros contra ellos o buenos contra malos, que dividen a la gente y hacen difíciles o imposibles las alianzas, el consenso y la negociación. Por ejemplo, algunas tendencias dentro del feminismo radical y el ecofeminismo reproducen el esencialismo al estigmatizar a los hombres y la "racionalidad masculina", a la vez que exaltan a las mujeres como portadoras de valores pacíficos y amorosos, "más cercanas a la naturaleza" (véase Biehl 1991). Algunos elementos del movimiento nacionalista de liberación negra en la década de 1960 y la política temprana de Malcolm X eran excluyentes y racistas, catalogando a la gente blanca como una raza diabólica e inferior. De modo semejante, la política sexual de algunos grupos de gays y lesbianas tiende a enfocarse exclusivamente en sus propios intereses, mientras que el movimiento ambientalista dominante es notorio por resistirse a aliarse con gente de color y con movimientos sociales de base comunitaria (véase Dowie 1995).

Aunque cada grupo necesita afirmar su propia identidad de la manera más firme posible, la política posmoderna de la identidad debe evitar caer en la serialidad y la pura fragmentación. Estas luchas, aunque independientes las unas de las otras, deben articularse dentro de alianzas contrahegemónicas y atacar las formaciones del poder tanto en el plano micro como en el macro. No todos los reclamos universalistas son ideológicos en el sentido criticado por Marx; algunos denominadores comunes de la experiencia, preocupaciones comunes y formas comunes de opresión, compartidos por diferentes grupos, deben articularse—preocupaciones comunes tales como la degradación del medio ambiente y formas comunes

de opresión como resultado de la explotación capitalista y el trabajo enajenado.

El nuevo terreno político

Para superar la enajenación y la opresión, algunas variantes de la teoría posmoderna proponen la implantación de la democracia radical. En la teoría democrática moderna, la noción de la democracia representativa sustituyó en las sociedades capitalistas liberales a las formas más fuertes de democracia participativa promovidas por los griegos y los teóricos modernos como Rousseau, Bakunin y Marx. Por consiguiente, el giro político posmoderno conlleva una radicalización de la democracia participativa, por la que aboga en varios campos y dominios de la vida social. En la teoría social, el vuelco democrático implica el desarrollo de perspectivas múltiples y a veces conflictivas, en vez de una sola perspectiva de la verdad objetiva o el conocimiento absoluto, como propone la teoría moderna. En oposición a los discursos sobre la unidad de la verdad absoluta, la micropolítica posmoderna hace hincapié en la diferencia, la pluralidad, el conflicto y el respeto hacia el otro.

En la ciencia, el giro posmoderno significa un énfasis creciente en la comunidad científica y en las diversas formas en que se logra un consenso, se ponen a prueba hipótesis en competencia y se produce el conocimiento a través de la disidencia y la exploración de posiciones contrapuestas, así como el desarrollo de acuerdos sobre los hechos y las teorías (véase Best y Kellner 1997: Capítulo 5). Aunque la ciencia moderna frecuentemente se mantiene como una empresa elitista y dominante, la ciencia multicultural reconoce las contribuciones al conocimiento de diversas culturas y renuncia a la arrogancia de creer que sólo la manera occidental de conocer es válida y que todas las demás formas de conocimiento son inferiores y defectuosas.

En el arte, la democracia posmoderna significa un creciente trabajo colaborativo en múltiples medios, renunciando al mito del gran artista e incluso descentralizando la teoría del autor, planteando que todo arte implica alguna forma de colaboración y diálogo cultural (véase Best y Kellner 1997: Capítulo 4). La cultura posmoderna acentúa también el arte público, el acceso público a la televisión, la radio comunitaria, el activismo en la Internet y el desarrollo de formas más interactivas de política y cultura que fomenten la participación popular. En el fondo, el giro posmoderno

implica ver la audiencia como parte del proceso colaborativo, ya que el arte requiere la participación de la audiencia en la creación del significado estético, para superar las divisiones entre el autor, la obra y la audiencia, tan rarificados por algunas versiones de la estética modernista. El énfasis en el motivo de lo popular une varias tendencias posmodernas en la teoría, las artes, la ciencia y la política. En varios campos, se renuncia al elitismo y la especialización endémicos al paradigma moderno a favor de un discurso y unas obras más accesibles a las audiencias populares. No obstante, el discurso teórico posmoderno frecuentemente es igualmente oscuro e inaccesible—cuando no más—que buena parte del discurso moderno. Pero el énfasis en lo popular, la democracia participativa y la comunicación pública efectiva representa un contrapeso al oscurantismo posmoderno.

Además, la cultura posmoderna tiende a ser más incluyente que excluyente, al celebrar la pluralidad, la diferencia y la aceptación de la otredad. Algunas formas de la política de la identidad son separatistas y privilegian el punto de vista y los intereses de ciertos grupos de forma exclusivista, pero la vertiente democrática participativa más progresista del posmodernismo mitiga tal política exclusivista y separatista. Así, los ataques a la jerarquía y la dominación en la teoría posmoderna sientan las bases para una visión más igualitaria y democrática en diversas áreas de la vida humana.

Pero sería un error establecer una distinción demasiado tajante entre los paradigmas modernos y posmodernos y vilipendiar lo moderno como el lugar de todo lo represivo y retrógrado, y lo posmoderno como el modo progresista y emancipador. Tanto las tradiciones modernas como las posmodernas contienen elementos regresivos y progresistas. Actualmente estamos suspendidos entre dos épocas históricas—la moderna y la posmoderna—, cada una de las cuales tiene sus propias articulaciones teóricas así como discursos, narrativas, formas artísticas y expresiones culturales, paradigmas científicos, luchas políticas y modos de vida cotidiana. El problema básico al teorizar esta gran transformación, este rápido movimiento a un nuevo espacio, es pensar conjuntamente lo moderno y lo posmoderno, examinando la interacción entre ambos en el momento contemporáneo y aprovechando los recursos tanto de la teoría moderna como de la posmoderna para iluminar, analizar y criticar dicho espacio.

Por consiguiente, apoyaríamos una política posmoderna que supere la contradicción entre la política moderna y las formas más extremas de la política posmoderna (véase Best y Kellner 1991:

Capítulo 8). Este proyecto requiere la reconstrucción de la política a partir de las tradiciones de la política moderna y los nuevos discursos y tendencias de la política posmoderna. Tal política superaría las disputas unilaterales y no dialécticas entre los defensores de la práctica moderna y la posmoderna y sentaría las bases para una política más viable e incluyente en el futuro. Aunque es problemática la política moderna que tiende a desarrollar un modelo universal para todos los tiempos y lugares, independientemente de diferencias y especificidades, hace falta una visión normativa y principios y normas políticas que respeten los derechos y discursos de los demás, que apoyen una política de alianza y solidaridad para promover los intereses comunes y públicos de los individuos en una sociedad dada y aspirar a un nivel más elevado de consenso por encima de los intereses especiales de grupos particulares.

De tal modo, las teorías modernas como el marxismo siguen siendo una forma crucial de la crítica contemporánea, ofreciendo categorías indispensables para analizar y criticar la explotación, la enajenación, la lucha de clases y la hegemonía económica y cultural del capitalismo, ninguna de las cuales ha desaparecido en el mundo posmoderno. Hoy en día estamos presenciando la intensificación y perfección de la dominación capitalista en un plano global, mediante la difusión de corporaciones transnacionales que se resisten a la regulación y el control, así como crecientes niveles de desigualdad económica, incrementos en los controles monopólicos de recursos y tecnologías claves, el resurgimiento de la mano de obra infantil y los talleres informales (*sweatshops*), la privatización de las funciones estatales y los disturbios causados por la reorganización y reestructuración capitalista. Pero el marxismo ya no puede descansar en la esperanza de que las luchas del proletariado industrial y la construcción del socialismo automáticamente significarán una liberación o que la historia garantice tal escenario. Los sucesos de la década pasada han mostrado que ciertas versiones del marxismo ortodoxo son defectuosas y que la tradición marxista debe repensarse y reinventarse para hacerla más pertinente a los desafíos del futuro (Best 1995; Kellner 1995b).

Por ello, deben evitarse las deficiencias características de una política moderna basada en un discurso político excesivamente universalizante que oscurece las diferencias e impone un esquema político dogmático, considerado como un árbitro fundacional e incuestionable de los valores y decisiones políticas. Al mismo tiempo, debe rechazarse una política posmoderna de la identidad que renuncie al proyecto normativo de la política moderna, que refute

los intereses comunes y generales como intrínsecamente represivos y que de ese modo abandone una política de la alianza y la solidaridad para promover al grupo de interés especial al que uno pertenece. En cambio, una nueva política mediaría las diferencias entre las dos tradiciones, creando una nueva síntesis que busque un terreno común basado en intereses comunes, principios filosóficos generales y la renuncia al dogmatismo y autoritarismo de todo tipo.

Una nueva política posmoderna también superaría el eurocentrismo de la política moderna y valoraría la diversidad de los proyectos y luchas políticas locales. Aunque la globalización está creando un mundo cada vez más homogeneizado y compartido, lo hace de forma desigual, de modo que proliferan la diferencia y la heterogeneidad a la vez que se produce la semejanza y la homogeneidad. Nuevas síntesis de lo global y lo local, nuevas hibridaciones y una creciente diáspora de muchos pueblos y culturas están creando una situación novel en que los procesos de modernización llegan a los lugares más remotos del mundo y se encuentra una cultura global posmoderna en todas partes. A su vez, nuevas síntesis de elementos premodernos, modernos y posmodernos están generando diferencias y heterogeneidad (véase Cvetovitch y Kellner 1997). En la medida en que los procesos de modernización ahora incluyen a los procesos de posmodernización, el Tratado de Libre Comercio (TLC), el Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT, por sus siglas en inglés) y el Banco Mundial difunden las culturas y tecnologías de las sociedades postindustriales más desarrolladas a los países menos desarrollados. Estas últimas sociedades deben prepararse para enfrentar—si no ahora, pronto—no sólo al capital, el control estatal y la explotación laboral, sino también a los medios de comunicación, los espectáculos culturales, las tecnologías computadorizadas y las nuevas identidades culturales.

En estas circunstancias, una política posmoderna debe ser a la vez local, nacional y global, dependiendo de las condiciones y problemas territoriales específicos. Aunque a veces sólo son viables las luchas locales, una nueva política también debe ir más allá de los niveles locales a los nacionales y aun los globales, mediante nuevas formas de lucha y alianza contra el creciente poder del capitalismo transnacional, los superestados que siguen siendo las fuerzas políticas dominantes y las industrias culturales en rápido crecimiento del tecnocapitalismo contemporáneo. Repensar la política en las actuales configuraciones conflictivas y complejas de poder y dominación, nuevas y establecidas, requiere reflexionar

sobre las complejas formas en que se conectan lo global y lo local. Teorizar las configuraciones de lo global y lo local también requiere nuevas estrategias multidimensionales que fluctúen desde lo macro hasta lo micro, desde lo nacional hasta lo local, para intervenir en una amplia gama de problemas y luchas contemporáneas y emergentes. Al lema “pensar globalmente, actuar localmente”, podríamos añadir “pensar localmente, actuar globalmente”. Desde esta perspectiva, los problemas concernientes al ambiente global, el desarrollo de una supercarretera global de información y la necesidad de nuevos foros globales de discusión y resolución de los problemas aparentemente intransigentes de la guerra y la paz, la pobreza y la desigualdad, y las divisiones entre ricos y pobres pueden producir nuevas concepciones de la ciudadanía global y nuevos retos a los intelectuales y activistas globales.

Pero aún es imposible predecir qué formas asumirá la política posmoderna del futuro. Tal política posmoderna está aún abierta y en proceso de evolución, y seguirá desarrollándose en respuesta a condiciones cambiantes y quizás sorprendentes. Por eso es imposible bosquejar todos los parámetros de la política posmoderna ya que el proyecto es relativamente nuevo y sujeto a desarrollos posteriores e impredecibles. En esta coyuntura novel y desafiante, la política moderna y la nueva política posmoderna parecen igualmente unilaterales. El poder reside en instituciones macro y micro; es más complejo que nunca debido a las nuevas configuraciones de fuerzas globales, nacionales, regionales y propiamente locales. Las relaciones contemporáneas de poder generan nuevos conflictos y lugares de lucha, desde los debates sobre el “nuevo orden mundial”—o desorden, según algunos observadores—hasta las luchas por el control local de las escuelas o el ambiente. Esta situación requiere nuevas formas de pensar y de hacer política según se acerca el nuevo milenio.

Conclusiones

La situación actual representa una transición entre lo moderno y lo posmoderno, lo viejo y lo nuevo, lo tradicional y lo contemporáneo, lo global y lo local, lo universal y lo particular, y cualquier cantidad de matrices en competencia. Tal situación produce una sensación de vértigo, ansiedad y pánico, síntomas exhibidos por la teoría, el arte, la política y la vida cotidiana contemporáneos. Para lidiar con estas tensiones, deben desarrollarse nuevas síntesis de la

teoría y la política moderna y posmoderna y así negociar las novedades y los embrollos de la era actual.

Tanto las posiciones modernas como las posmodernas presentan fortalezas y debilidades. Por lo tanto, deben combinarse creativamente las nociones modernas de la solidaridad, las alianzas, el consenso, los derechos universales, la macropolítica y la lucha institucional con las nociones posmodernas de la diferencia, la pluralidad, las perspectivas múltiples, la identidad y la micropolítica. La principal tarea política hoy en día es construir lo que Hegel llamó una "unidad diferenciada", donde los diversos hilos conductores del desarrollo histórico convergieran en una textura rica y mediatizada. La unidad abstracta de la Ilustración, según se manifiesta en el discurso de los derechos o la naturaleza humana, enmascaraba y suprimía las diferencias y privilegiaba a ciertos grupos a expensas de otros. Inversamente, el giro posmoderno ha producido en sus formas extremas fragmentos de la diferencia en pugna, socavando cualquier posible contexto para una comunidad humana. Este desarrollo quizás fuera necesario para construir las diferencias, pero ahora resulta igualmente necesario reconstruir el tejido social, una comunidad progresista con un consenso sobre valores y metas básicas, una solidaridad complejamente entretejida con las diferencias articuladas, pero no anuladas.

Uno de los dilemas de la época contemporánea será cuál camino se seguirá para viajar al futuro—el camino que conduce, en la frase de Martin Luther King (1969), a la comunidad; o el que llega al borde del caos. De modo similar, ¿se seguirá el camino que lleva a la guerra o el que lleva a la paz? ¿El que establece la justicia social o formas aún más groseras de desigualdad y pobreza? ¿Se seguirá el camino moderno de crecimiento y desarrollo irracional, de la mayor expansión de la economía capitalista global (el mundo del TLC y GATT) que ha generado una crisis económica, social y ambiental aparentemente permanente? ¿O se creará una sociedad sustentable en balance con el mundo natural? ¿Se trazará un nuevo camino posmoderno, ciego al legado progresista del pasado, con todas sus trampas y peligros concomitantes? ¿O se apostará por una ruta alterna, que radicalice las tradiciones de la Ilustración y la democracia moderna, guiada por una visión de un futuro justo, igualitario, participatorio, ecológico, saludable, feliz y sano?

Este es precisamente el proyecto que desarrollaremos en nuestro libro de próxima publicación, *The Postmodern Adventure*, donde estudiaremos la genealogía de la transición de la modernidad a la posmodernidad. También examinaremos las trayectorias y

vicisitudes del capitalismo global, el estado de guerra, el surgimiento de nuevas tecnologías, los desafíos a la juventud, la emergencia de nuevas culturas juveniles, el despliegue de la política de la identidad en los juicios contra O.J. Simpson, el movimiento de milicias, la identidad de los hombres blancos y varias formas de terrorismo. De tal modo analizaremos algunos de los principales fenómenos definitorios de la época contemporánea, aprovechando los recursos de la teoría social crítica y los estudios culturales. El futuro dependerá de las decisiones que tomemos los seres humanos, por lo que debemos desarrollar inteligente y decisivamente una nueva forma de hacer y pensar la política. De esa manera, sentaremos las bases para una política de alianza y solidaridad acorde con los retos del próximo milenio.

NOTA

1. Este artículo se basa en un fragmento del capítulo 6 de nuestro libro *The Postmodern Turn* (Best y Kellner 1997). El texto fue traducido del inglés por Jorge Duany.

REFERENCIAS

- Bahro, Rudolph. (1978). *The Alternative in Eastern Europe*. Londres: New Left Books.
- Baudrillard, Jean. (1988). The Year 2000 Has Already Happened. En Arthur y Marilouise Kroker, eds., *Body Invaders: Panic Sex in America*, pp. 35-44. Montreal: The New World Perspectives.
- Best, Steven. (1995). *The Politics of Historical Vision*. Nueva York: Guilford.
- Best, Steven y Douglas Kellner. (1991). *Postmodern Theory: Critical Interrogations*. Londres y Nueva York: MacMillan and Guilford Press.
- Best, Steven y Douglas Kellner. (1997). *The Postmodern Turn*. Nueva York: Guilford Press.
- Best, Steven y Douglas Kellner. (De próxima publicación.) *The Postmodern Adventure*. Nueva York: Guilford Press.
- Bhabha, Homi K. (1994). *The Location of Culture*. Londres y Nueva York: Verso.
- Biehl, Janet. (1991). *Rethinking Ecofeminist Politics*. Boston: South End Press.
- Cvetkovich, Ann y Douglas Kellner, eds. (1991). *Articulating the Global and the Local: Globalization and Cultural Studies*. Boulder: Westview.
- Dowie, Mark. (1995). *Losing Ground: American Environmentalism at the Close of the Twentieth Century*. Cambridge: MIT Press.

- Gilroy, Paul. (1994). *The Black Atlantic*. Londres y Nueva York: Verso.
- Giroux, Henry. (1994). *Disturbing Pleasures*. Nueva York: Routledge.
- Kellner, Douglas. (1995a). *Media Culture*. Londres y Nueva York: Routledge.
- Kellner, Douglas. (1995b). The Obsolence of Marxism? En Bernd Magnus y Stephen Cullenberg, eds., *Whither Marxism*, pp. 3-10. Londres y Nueva York: Routledge.
- King, Martin Luther. (1969). *Where Do We Go From Here? Chaos or Community*. Nueva York: Bantam Books.
- Laclau, Ernesto. (1988). Politics and the Limits of Modernity. En Andrew Ross, ed., *Universal Abandon*, pp. 63-82. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Laclau, Ernesto y Chantal Mouffe. (1985). *Hegemony and Socialist Strategy: Toward a Radical Democratic Politics*. Londres: Verso.
- Marcuse, Herbert. (1972). *Counterrevolution and Revolt*. Boston: Beacon Press.
- McLaren, Peter. (1995). *Critical Pedagogy and Predatory Culture*. Londres y Nueva York: Routledge.
- McLaren, Peter. (1996). *Revolutionary Multiculturalism*. Londres y Nueva York: Routledge.
- Mouffe, Chantal. (1988). Radical Democracy: Modern or Postmodern? En Andrew Ross, ed., *Universal Abandon*, pp. 46-62. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Wollstonecraft, Mary. (1975 [1792]). *Vindication of the Rights of Woman*. Baltimore: Penguin Books.

RESUMEN

El giro posmoderno, que tanto ha marcado la teoría social y cultural, también acarrea conflictos entre la política moderna y posmoderna. En este ensayo, se articulan las diferencias entre la política moderna y posmoderna y se argumenta en contra de posiciones unilaterales que rechazan dogmáticamente una u otra tradición y toman partido a favor de lo moderno o lo posmoderno. Al argumentar a favor de una política de alianza y solidaridad, los autores proponen que tal proyecto se elabora mejor incorporando los elementos más progresistas de la tradición moderna así como de la posmoderna. El desarrollo de una nueva forma de hacer política conlleva la superación de las limitaciones de ciertas versiones de la política moderna y de la política posmoderna de la identidad, para establecer alianzas y solidaridades políticas acordes con los retos del próximo milenio. [**Palabras clave:** política posmoderna, política de la identidad, liberalismo, derechos y libertades universales.]

ABSTRACT

The postmodern turn that has so marked social and cultural theory also involves conflicts between modern and postmodern politics. In this essay, the authors articulate the differences between modern and postmodern politics and argue against one-sided positions that dogmatically reject one tradition or the other in favor of partisanship for either the modern or the postmodern. Arguing for a politics of alliance and solidarity, the authors claim that this project is best served by drawing on the most progressive elements of both the modern and postmodern traditions. Developing a new politics involves overcoming the limitations of certain versions of modern politics and postmodern identity politics in order to develop a politics of alliance and solidarity equal to the challenges of the coming millenium. [**Keywords:** postmodern politics, identity politics, liberalism, universal rights and freedoms.]